

Imagina que...



CENICIENTA no acude al baile del príncipe



PULGARCITO se dirige a la Cueva de las Brujas



Juntos salvan a los pajaritos del bosque

LA CUEVA DE LAS BRUJAS

Por suerte, los tiempos en que los bosques lejanos estaban habitados por malvados ogros comeniñ@s y brujas maléficas habían pasado.

Todo cambió una noche de luna llena cuando la carroza de Cenicienta, de camino al baile que había ofrecido el príncipe tropezó con Pulgarcito, aquel niño tan pequeño como un dedo pulgar que salvó a sus hermanos del ogro Golón.

Y es que la joven se había desviado del trayecto por el bosque, con el fin de retrasar la llegada al palacio. En realidad, se había arrepentido de haberle expresado al hada madrina su deseo de acudir al baile, pues allí estarían su madrastra y sus hermanastras, y estaba demasiado cansada para aguantar de nuevo a esas egoístas y holgazanas de su familia. En estos momentos, ella anhelaba su libertad y su mayor deseo era vivir otro tipo de aventuras más emocionantes.

Tal fue su suerte que, de repente, los caballos (que en realidad eran ratones) detuvieron el carruaje a la orden de los cocheros (que en realidad eran lagartos). Allí estaba Pulgarcito. Todos lo reconocieron por las botas de siete leguas, y por su tamaño. Era un niño muy listo y astuto que conseguía todo lo que se proponía y no se dejaba amedrentar por su estatura. Faltó un pelo para atropellarlo.

-¡Uf, ésta casi no la cuento!- dijo el pequeño.

-¿Qué te trae por aquí, Pulgarcito?- preguntó Cenicienta asombrada.

-Gracias a las botas de siete leguas recorro el bosque de arriba abajo y de abajo a arriba, salto de una montaña a otra fácilmente, cruzo los ríos como si fueran riachuelos y atravieso barrancos, cortados y valles en un santiamén. Ahora necesito llegar pronto a la Cueva de las Brujas, allá en la ladera de la Muela Monchén. Las comadreas han dado la voz de alarma: las brujas que allí viven han capturado a todos los pajaritos del bosque y un bosque sin pájaros- ya se sabe-deja de ser un bosque verdadero - explicó el niño preocupado.

Cenicienta percibió la gravedad del asunto y no dudó en ofrecerle su ayuda:

-¡Rápido, sube a la carroza y emprendamos el rescate, deberemos llegar antes de las doce de medianoche, antes de que desaparezca el hechizo y la carroza vuelva a ser una calabaza!-

Los caballos galoparon tan rápido que el mismísimo viento se sorprendió al verlos casi volar. Al fin, consiguieron llegar antes de las doce. Primero entró Cenicienta. Descubrió una auténtica cueva de brujas, llena de polvo, telarañas, pis de gato, con cortinas hechas con colas de conejo, con un montón de bichos por todas partes y en el fondo los pajaritos encerrados en una jaula de madera.

¡Habría que haber visto la cara de las brujas al contemplar a la hermosa joven tan maravillosamente vestida!

Cenicienta las distrajo llorando y haciéndoles creer que se había perdido. Mientras, Pulgarcito aprovechó para colarse en la cueva y esconderse detrás del caldero sin ser visto, y desde allí, pudo observar el lugar donde las brujas guardaban la llave de la jaula.

De pronto se hicieron las doce y desapareció el hechizo. Todo volvió a ser como antes. El traje de Cenicienta se convirtió en su antiguo vestido viejo y estropeado lleno de ceniza. Fuera, los veloces caballos y los elegantes cocheros también recuperaron su forma habitual, volvieron a ser ratones y lagartos normales y corrientes, y la carroza, una calabaza.

Las brujas se pusieron de muy mal humor por el engaño de Cenicienta. Lloraron, patalearon, se tiraron de los pelos...

-¡Estamos buenas!- exclamaron, y transformaron a la muchacha en pájaro clavándole un alfiler en la cabeza, y la encerraron en la jaula con los demás pajarillos.

Ahora los lagartos (antes caballos) y los ratones (antes cocheros) podrían servir para entrar en la cueva sin levantar sospechas...pues, ¿qué mejores animales que éstos podrían desear tener en casa unas brujas para sus embrujos?

Y así sucedió que los ratones y lagartos entraron en la cueva sin miedo a ser descubiertos, pasaron desapercibidos a los ojos de las brujas, conversaron con disimulo con Pulgarcito, y les indicó el lugar en el que estaba la llave de la jaula. Todos esperaron pacientemente a que las brujas se despistaran, entonces abrieron y los liberaron.

Al salir, rápidamente y todos a una, los pajarillos atacaron llenando los gordos culos de las brujas con miles de picotazos; y del susto que se dieron, medio espachurradas y con los culos morados, montaron como pudieron en sus viejas escobas y se marcharon volando. A partir de ese momento la alegría reinó en el bosque. Y cuentan las gentes del lugar que, aunque todavía se sigue llamando la Cueva de las Brujas, nunca más regresaron semejantes granujas.

- Y ¿queréis saber qué pasó con Cenicienta y Pulgarcito?- Pues que Pulgarcito, que lo había visto todo, quitó el alfiler de la cabecita de Cenicienta. Inmediatamente se rompió el hechizo y la joven recuperó su forma. Y a partir de entonces los dos muchachos, contentos con su hazaña, se dedicaron a proteger a los habitantes del bosque. El hada madrina les regaló su varita mágica y juntos vivieron un montón de sorprendentes aventuras.

Esta historia sucedió en Cantavieja.

NIÑOS Y NIÑAS DE EDUCACIÓN INFANTIL DE
CANTAVIEJA